

JOSÉ MARTÍ:
MIGRACIONES, VIAJES Y LA CREACIÓN DE LA NACIÓN CUBANA

POR

IVÁN A. SCHULMAN
University of Illinois, Champaign-Urbana

PATRIA Y NACIÓN

Migraciones del siglo XIX. Signos de la Edad Moderna, época en que el concepto del movimiento espacial se transforma, era de los proyectos europeos de la colonización de países lejanos, período en que se producen los desplazamientos de masas de hombres, mujeres y niños –emigrados y exilados– que se aprovechan de los últimos avances en los sistemas de transporte para visitar regiones exóticas, o, urgidos por necesidades económicas o políticas, replantean el hogar en terrenos distantes y desconocidos. Migraciones *exteriores*, geográficas; migraciones *interiores*, hacia la subjetividad del sujeto moderno, retextualizaciones culturales que son el producto de la búsqueda de horizontes alternativos, imaginados o reales; migraciones de exilados que llevan en sí la imagen de su patria, y frente a otro espacio –social, político y cultural– crean y reformulan un universo de anhelos, sueños, ansiedades, temores o extrañamientos.

El caso martiano es el del viajero, del exilado, que al inscribir y apropiarse otras naciones y culturas, perfila la nacionalidad cubana y americana, la del presente y la del futuro. Este proceso visual de puntualizar las dimensiones subjetivas de la patria lo precisó otro viajero modernista, contemporáneo de Martí:

...[la patria] es la *proyección del yo* en un radio de utilidad y simpatía. Al despertar al conocimiento de las cosas y a las *primeras influencias emotivas*, entramos en relación inmediata con la naturaleza circundante: cielo, aire, tierra, fuentes, hierbas, hombres: todo esto nos atrae y nos retiene, después se convierte en un símbolo; ésa es la patria. Así nos amamos a nosotros mismos en el amor de la patria. (Darío, IV 1146; énfasis nuestro)

Las migraciones y viajes martianos pertenecen a la dolorida experiencia del exilado, condición que el atribulado revolucionario asumió con un temperamento trágico y a veces esperanzador. Los movimientos espaciales de sus viajes empiezan temprano en su vida: primero, el destierro a España donde vivió cuatro años como deportado; luego, México, donde en apenas dos años de estancia se insertó en la vida cultural de la nueva república; después, estancias cortísimas en Guatemala y Venezuela; y, finalmente, la residencia en los Estados Unidos, donde pasó los años de la madurez, casi sin interrupción entre 1881 y el año de su muerte: 1895. Estas migraciones alimentaron su amplia visión americanista,

comparable solo con la de Bolívar; intensificaron su deseo de terminar el proyecto trunco de la independencia de América, y de conseguir la libertad de Cuba y Puerto Rico; le permitieron desarrollar un ideario político y social cuyos conceptos conservan una vigencia extraordinaria todavía hoy; enriquecieron su formación cultural y literaria con el acervo de otras culturas, experiencia que marcó sus ideas distintas, más innovadoras en comparación con las de otros creadores de su época; y, en fin, contribuyeron a generar una obra de carácter eminentemente revolucionario, revisionista, y futuro.

En España absorbió la filosofía idealista krausista, en especial sus valores éticos; bebió de las fuentes clásicas de la literatura peninsular –Cervantes, Góngora, Saavedra Fajardo, Fray Luis de León, Santa Teresa, Quevedo, Gracián–, lecturas que dejaron una huella indeleble en su discurso, lecturas que supo fundir en un discurso híbrido y moderno cuya frescura y originalidad asombran todavía hoy. Las visitas a París desarrollaron su interés por la plástica, lo pusieron en contacto con las primeras exposiciones de los pintores impresionistas, y con la obra de los escritores parnasianos y simbolistas. Las estancias cortas en México y Guatemala despertaron su amor por la naturaleza americana, por las culturas indígenas de América, y por el sino trágico del indio en la sociedad decimonónica. En Venezuela, en la *Revista Venezolana*, fundada y editada por él, formuló el primer manifiesto del modernismo hispanoamericano. México y Venezuela le abrieron los ojos a las represiones de los caudillos americanos. Y Estados Unidos le ofreció una visión del mundo desarrollado: el incipiente capitalismo, los atractivos y vicios de la democracia, los avances tecnológicos y científicos, el cosmopolitismo cultural, las obras de las figuras cumbres de la literatura norteamericana, y las contradicciones de la modernidad burguesa con sus valores utilitarios y materialistas.

En el caso de Martí es difícil hablar de migraciones o de exilios sin tocar la cuestión de *patria*. El cubano ensanchó los conceptos rubendarianos anotando que la patria abarca la geografía americana y el legado y patrimonio de Bolívar: “Yo nací en Cuba –declaró–, y estaré en Cuba aun cuando pise los no domados llanos de Arauco. El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta” (VII, 111). La ubicación de la cultura nacional no es, por lo tanto, unidimensional, ni para Martí ni para otros escritores de su época, y tampoco debe concebirse como una otredad en relación con lo que está fuera o más allá de la cultura y la sociedad nativas. Las fronteras de la nacionalidad cultural son de carácter doble, su problemática es exterior e interior. Concebida la patria en esta forma, los textos que la narran son *interculturales*: incorporan geografía y gente en espacios poblados por culturas divergentes cuyas características a menudo se resisten y batallan entre sí. La patria, en resumidas cuentas, viene a ser una construcción híbrida de alcance universal.

EXILIO Y REVOLUCIÓN

De las migraciones y los exilios de Martí dos son fundamentales para la construcción de la nación y la organización de la lucha por la libertad de Cuba: Estados Unidos –sobre todo Nueva York y Florida– y Cuba. Observando la sociedad de los Estados Unidos durante quince años Martí afinó, sin lugar a dudas, sus conceptos sobre la patria y sobre la república moral, la que deseaba para la futura Cuba independiente de sus sueños. En

Nueva York fundó, editó y escribió gran parte del periódico revolucionario *Patria*; pronunció apasionados discursos patrióticos en Hardman Hall, la mayoría de cuyos textos hemos perdido; se rozó con distinguidos y humildes de la emigración cubana; y trabajó en su modesta oficina de Manhattan, en Front Street donde, un día en un diálogo con su secretario, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, definió lo que para él era la labor más importante de su vida. Cuenta Quesada que descubrió los recortes de una publicación periódica bimensual neoyorquina entre los papeles desparramados por el suelo de la oficina. Eran las entregas de la novela martiana, *Amistad funesta*. Pero como los recortes no llevaban la firma de Martí, Quesada, curioso por saber de qué se trataba, preguntó: “¿Qué es esto Maestro?” A lo cual contestó Martí cariñosamente: “Nada –recuerdos de épocas de luchas y tristezas; pero guárdelas para otra ocasión. *En este momento debemos solo pensar en la obra magna, la única digna de hacer, la independencia*” (XVIII, 187; énfasis nuestro).

Desde Front Street, en Manhattan, empezó Martí la organización de los emigrados de Nueva York, Filadelfia, Baltimore y otros sitios de la costa este de los Estados Unidos, sobre todo las ciudades de la Florida; ayudó a formar los clubes revolucionarios, y organizó las estrategias y las campañas para recaudar los fondos indispensables para la compra de armas para la invasión de Cuba. Pero de estas actividades pre-invasionistas el centro fundamental de sus operaciones fue la Florida, donde hacía ya muchos años existían nutridos centros de cubanos exilados, la mayoría obreros humildes de fábricas tabaqueras. La presencia de las comunidades de emigrados cubanos en la Florida a partir de 1890 transformó de modo profundo el carácter del movimiento de la independencia cubana. Desde 1892 las comunidades de exilados en Ybor City, Tampa, Cayo Hueso, Martí City (cerca de Ocala), y Jacksonville constituyeron los focos más poderosos del movimiento patriótico, y a ellos migraban las sucesivas olas de cubanos exilados. Y, a medida que crecía la población de estos centros, los dirigentes del movimiento de independencia pudieron reforzar las actividades preparatorias de la revolución.

Para la historia futura de Cuba estos centros constituyeron un elemento clave. Pero también es cierto que la presencia de Martí en ellos, la reverencia de los exilados por la obra y la persona de Martí, y el anhelo de las comunidades de exilados de contribuir a la creación de una Cuba libre, marcó de manera inestimable el desarrollo histórico y cultural del Estado de Florida.

LA FLORIDA, SAN AGUSTÍN, Y LA FORMACIÓN DE LA REPÚBLICA CUBANA

Hemos enumerado los nombres de varias ciudades de la Florida en que había comunidades importantes de exilados cubanos a fines del siglo XIX. Pero entre ellas *no* incluimos el de la ciudad de San Agustín fundada en 1565 por Pedro Menéndez –la primera ciudad europea en los Estados Unidos. Los estudiosos de la obra martiana sabían que Martí había visitado la ciudad en 1892, pues desde San Agustín, en agosto de ese año, se envió una crónica a *Patria* en cuyas columnas se publicó el 6 de agosto; era una crónica sobre la visita no solo de Martí sino de otros líderes del movimiento revolucionario. Martí y los cubanos de San Agustín habían visitado la tumba del Padre Varela, y el domingo,

... fue entero para la patria, primero en el almuerzo de casa de [Carlos] Marín, que con todo su patriotismo estaba menos satisfecho que su esposa... luego recibieron los huéspedes la visita de la comisión de recolecta para el monumento del Padre Varela, que habló largo con los visitantes, y dejó en sus manos el plan de procurar más sumas para el monumento... después hubo *conversaciones de trascendencia, con la prensa* y la médula de la ciudad... y luego, en un abrir y cerrar de ojos, oyéndole a Martí la historia de lo hecho y la urgencia de lo que hay que hacer, levantamos, con todos los cubanos que somos aquí, el club "Padre Varela": Marín lo preside, y Hardoy es el secretario... Muy contentos hemos estado, contentos como pocas veces en la vida, con la visita de estos *patriotas puros*; pero además les estamos agradecidos, porque se han captado el respeto de las personas de valer de la ciudad. (II, 96-7; énfasis nuestro)

Esto y algunos detalles más es lo que apareció en la corta crónica, la cual figura en las ediciones de las obras de Martí. Sobre Martí y San Agustín se ha escrito poco, pues hasta muy recientemente solo teníamos noticias de esta visita breve –la del 92. Pero en los archivos de la Sociedad Histórica de San Agustín hemos descubierto una documentación que indica que hubo una segunda visita, una visita más importante que la primera, con detalles significativos en relación con las actividades del club revolucionario de la ciudad y la creación de la nación cubana. Entre ellas destacan las siguientes: que se fundó el Club Padre Varela en el mes de julio; que los *patriotas puros* a que aludió el cronista de *Patria* en el 92 incluyeron a figuras cumbres de la dirección revolucionaria: José Dolores Poyo, Serafín Sánchez y el general Carlos Roloff. El contacto con la prensa a que se aludió en la crónica del 92 fue con el corresponsal del *Times-Union* de Jacksonville, ciudad vecina de San Agustín. Al reportero de este periódico los miembros del club de San Agustín entregaron un documento con las bases del Partido Revolucionario Cubano, organizado por Martí en abril de 1892, y en el cual ocupaba el puesto de Delegado. Y, por fin, que durante su primera estancia en San Agustín estableció Martí contacto con los cubanos residentes de la ciudad –muchos de ellos tabaqueros que ejercían su oficio en el patio de su casa.

Según una crónica publicada en el *Times-Union* el 6 de mayo de 1893, es decir, después de la primera visita de Martí a San Agustín, el Club Varela seguía creciendo, y a la sazón tenía doscientos miembros, no todos cubanos, pero todos listos a luchar por la independencia cubana en cuanto Martí autorizara el levantamiento del pueblo de la isla. Y por medio de la misma crónica nos enteramos de que espías españoles vigilaban el movimiento de los miembros del Club Varela, sobre todo a raíz de la insurrección de los hermanos Manuel y Ricardo Sartorio en la región de Holguín, un levantamiento no sancionado ni por Martí ni por los dirigentes del Partido Revolucionario Cubano. En sus escritos Martí comenta sobre el caso de los hermanos Sartorio, y por sus observaciones del incidente es obvio que él y otros del partido estaban al tanto de las actividades de todos los núcleos revolucionarios de la isla, inclusive los de Baracoa. En carta a José Dolores Poyo escrita en agosto del 92 dice: "Puedo asegurarle que, contra lo afirmado, ni en Santiago ni en Baracoa existe hasta este instante... conexión alguna con lo de Holguín" (II, 103).

SAN AGUSTÍN, BARACOA, Y LA NACIÓN CUBANA

Entre el momento de la primera visita martiana a San Agustín y 1895, la actividad revolucionaria floridiana se intensificó. Martí viajó con frecuencia desde Nueva York a las ciudades de la Florida por ferrocarril. Pero en su correspondencia¹ después del 92 en las ediciones de las obras completas no hay mención alguna de otra visita a San Agustín. Hay, sí, alusiones brevísimas a la ciudad –dos o tres– entre ellas una en que se habla de “los hoteles de San Agustín, y el río de Matanza, y el arte muzárabe...” (V, 409) de los edificios de la ciudad construidos por el inversionista Henry Flagler. Por eso fue una sorpresa descubrir en la documentación de la Sociedad Histórica material que ensancha nuestros conocimientos de las actividades martianas alusivas a San Agustín y la creación de la nación cubana.

Se trata de una crónica escrita por el Capitán Henry Marcotte² en la cual afirma, basándose en su cuaderno de apuntes,³ que Martí visitó la ciudad a mediados de setiembre de 1896. Es, desde luego una fecha imposible, pues Martí murió en Dos Ríos el 19 de marzo del 95. ¿Cómo resolver este dislate? Se puede especular que el Capitán se equivocó cuando anotó la fecha en su cuaderno, o que se trata de una errata cometida por los cajistas cuando publicaron los extractos de su cuaderno en el *Times-Union*. Pero hay otras estrategias que podemos utilizar para resolver el misterio de la fecha equivocada. Guiándonos por los datos y detalles de la crónica del capitán, es lícito concluir que la visita se produjo en setiembre de 1894 o muy al principio de octubre de ese mismo año. ¿Cómo llegamos a esta conclusión? En la correspondencia martiana que se conserva, hay dos comunicaciones cortas enviadas desde Jacksonville, Florida en el 94: un cablegrama del 8 de octubre dirigido al Dr. Eligio Palma, y una carta telegráfica de la misma fecha a Eduardo Hidalgo Gato. Son escasísimos los conocimientos que tenemos de las actividades martianas entre octubre –mes en que intentó, sin éxito, ver a su madre en Cayo Hueso– y diciembre del 94. Pero la correspondencia enviada por Martí desde Jacksonville en octubre nos permite teorizar que desde Jacksonville bajó a San Agustín clandestinamente en ferrocarril, según la dramática descripción de Marcotte.

Setiembre-octubre del 94 fueron meses de preparación álgida del llamado Plan Fernandina, ideado por Martí para llevar armas desde los Estados Unidos con el fin de iniciar en Cuba la lucha armada por la independencia. Entre otras actividades, nos habla el capitán de los fondos recaudados por el Partido Revolucionario Cubano para la compra de las armas. Dice en su crónica que publica con el título de “The Birth of the Cuban Republic in Saint Augustine”, que en la reunión dominical de ese día de setiembre u octubre se habían convocado los miembros del Club Padre Varela, y que en presencia del alcalde de la ciudad de San Agustín Martí fue nombrado “Presidente de la República de Cuba”. Y que allí mismo también se nombró a varios cubanos miembros de una junta para

¹ Es decir, la que se ha publicado hasta la fecha.

² Un militar y periodista de la región de San Agustín-Jacksonville.

³ No hemos localizado el original del cuaderno que posiblemente se conserve en los archivos de la familia Marcotte. Utilizamos para este apartado los apuntes publicados en el *Times-Union* de Jacksonville, Florida, citados por Wilson.

liquidar el poder de España en la isla. Hubo cubanos distinguidos en esa reunión, inclusive varios que habían luchado en la Guerra de los Diez Años. Y eligieron al Capitán Marcotte miembro honorario de la Junta Cubana de la República.

Lo más notable de la crónica es lo que pasó, según Marcotte, mientras estaban tomando el desayuno los miembros del Club:

... un barco de vapor pasó por la costa [de San Agustín] y echó al mar un pontón primitivo con el Napoleón B de la marina de la República. Bajó el Dr. Martí. Un marinero negro con mucha destreza colocó el barco sobre la ola de cresta con el movimiento de la cual los individuos pudieron saltar en tierra en North Beach. El Napoleón B tenía cosas que hacer en North Beach y el Dr. Martí fue conducido al desayuno. Dos carros de flete, marcados “explosivos” llegaron y fueron conducidos a un desviadero cerca del río San Sebastián.⁴ (traducción nuestra)

Estas municiones seguramente formaban parte de las armas que se acumulaban en ese momento para la invasión. Cuenta el capitán a continuación que durante el desayuno se discutió y aprobó el diseño de la bandera de Cuba. Tres hermanas de la familia MacMillan, Ann, Amy y Alice, residentes de San Agustín, presentaron al Coronel Betancourt la primera bandera de la república que ellas mismas habían cosido. Más tarde, el coronel la presentó a su hijo quien, con unos compatriotas, la llevó en alto en el fallido ataque a la fortaleza de Holguín. En el mismo desayuno se presentó la primera moneda cubana diseñada por P. Martiny [¿Martínez?] y acuñada por la Gotham Company de Nueva York; y se vendieron como recuerdos de la ocasión los primeros sellos postales –de 2, 5, 10 y 25 centavos– de la futura república. A mediodía, narra el capitán, un barco de vapor de apariencia despreciable se avistó en el Río Norte y, durante la noche, otra vez según el testimonio del capitán, desaparecieron los explosivos de los furgones, junto con doscientos revolucionarios de la ciudad, y José Martí. El barco remolcador “Bermuda” surgió en el horizonte, al sur de San Agustín, junto con el Napoleón B. Así –afirma Marcotte– nació la República de Cuba en la ciudad antigua de San Agustín.

El Plan Fernandina fracasó el 10 de enero de 1895 por la delación o la perfidia de uno de los colaboradores cubanos. El gobierno norteamericano confiscó la mayoría de las armas y los explosivos. Se supone que Martí pudo salvar algo de las municiones destinadas para Cuba; pero lo que se sabe a ciencia cierta es que con su pericia organizativa logró en poquísimo tiempo, re-organizar la revolución y preparar un segundo plan para la invasión de la isla. Y, efectivamente, en el mismo mes de enero del 95 el Partido autorizó el alzamiento en Cuba.

Con la invasión de la isla el período migratorio martiano de Estados Unidos llegó a su conclusión. Tras varios viajes a Santo Domingo y Haití para juntarse con los generales

⁴ Dice el cuaderno: “While the breakfast was being prepared a steamboat passing down the coast dropped overboard a crude bateau containing the Napoleon B of the Republic’s Navy and Dr. Martí and a Negro sailorman whose skill put the boat on the crest of a comber on North Beach. The Napoleon B had business on the North Beach and Dr. Martí was spirited to the “Breakfast”. Two freight cars, marked “explosives” were received and placed on the railway siding near the Saint Sebastian River.”

Gómez y Maceo, en abril del 95 llegó Martí a la costa de Cuba. Desembarcó en Playitas para unirse con las fuerzas revolucionarias de la isla. En su *Diario de campaña* describe con estilo telegráfico y lírico el arribo a la costa de Cuba:

La luna asoma, roja, bajo una nube. Arribamos a una playa de piedras, [La playita, al pie de Cajobabo]. Me quedo en el bote el último vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenegal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo. (XIX, 215)

Después de los años de exilio y los constantes desplazamientos geográficos, por fin volvió a su añorada Cuba. Volvió para cumplir con su misión, con la obra magna de su vida. Su periplo migratorio marca y define lo que constituyen vínculos fundacionales de San Agustín con Baracoa en torno a la creación de la república cubana. Nuestros argumentos al respecto son: (1) que en la Florida, específicamente en San Agustín, se dieron pasos importantísimos en la organización no solo de la lucha armada por la independencia cubana sino de la fundación de la república; y, (2) que en Baracoa nació la nación cubana: es el lugar donde Cuba comienza, el sitio donde los españoles establecieron la primera villa de la isla. Y unos trescientos cincuenta años después, en la ciudad fundada por Pedro Menéndez en la península de la Florida, en la reunión del Club Varela, con motivo de la visita de Martí, se entregaron la bandera de la república cubana, las primeras monedas, y los primeros sellos de la patria independiente. No cabe duda, por lo tanto, de que estas dos ciudades contribuyeron a la construcción de la nación en momentos decisivos de la historia, y que comparten un legado trascendente: en ambas ciudades se inició el proceso de formación de la comunidad nacional cubana correspondiente a etapas fundamentales de la experiencia patriótica, una experiencia ligada a la vida y la obra del viajero José Martí en su etapa neoyorquina.

BIBLIOGRAFÍA

- Darío, Rubén. *Obras completas*. Madrid: Aguado, 1950-1953.
Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional, 1963-1965.
Wilson, Leslie. "The Role St. Augustine Played in the Spanish-American War". *The Ancient City Genealogist* IX (St. Johns County, FL, 1998): 13-17.